

## LA PREGUNTA INAGOTABLE. ALGUNAS REFLEXIONES EN TORNO A LA ÚLTIMA DICTADURA

*Paula Cecilia Guitelman*  
*Universidad de Buenos Aires (Argentina)*  
*paulacg@uolsinectis.com.ar*

### Resumen

El presente trabajo busca desplegar algunos interrogantes respecto de la última dictadura, específicamente en torno a sus condiciones de posibilidad, sin pretender agotarlos. Es fundamental precisar los cuestionamientos que hacemos y *nos* hacemos acerca de dicho acontecimiento porque forman parte constitutiva del modo en el que estamos encarando el análisis. Así las cosas, en este artículo se reflexionará sobre el par cultura-barbarie, no para pensarlos como antónimos, sino justamente en su condición inescindible.

Palabras clave: dictadura, memoria, cultura, barbarie.

### Unas brevísimas palabras preliminares

El presente trabajo no pretende *responder* acerca de lo acaecido durante la última dictadura militar. En todo caso, dejará hilvanados algunos de los ejes que se considera no habría que descuidar a la hora de encarar cualquier reflexión sobre el período y, por sobre todas las cosas, dejará sentados muchos interrogantes. Porque al análisis cultural del pasado argentino reciente todavía le faltan muchas preguntas por hacer.

El autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional”, como es sabido, corresponde al período iniciado cuando el 24 de marzo de ese año Jorge Rafael Videla, Eduardo Massera y Orlando Ramón Agosti –integrantes de la Junta de Comandantes en Jefe–, deponen a María Estela Martínez de Perón de su cargo de Presidente, se hacen cargo del poder y dictan los instrumentos legales del “Proceso de Reorganización Nacional” basado en la Doctrina de Seguridad Nacional (que *según sus bases* implicaría la suspensión del ‘caos social’ imperante para ‘purificar, pacificar y re-organizar’ el país re-jerarquizando los valores de Dios, patria y hogar). Generando, en la práctica, la puesta en funcionamiento de toda una maquinaria en manos del Estado a través de la cual se suspenderían todo tipo de garantías constitucionales, se pondría en práctica un plan sistemático de secuestros, torturas y desapariciones, la destitución de las autoridades y cuerpos representativos, el sometimiento del Poder Judicial, la disolución y suspensión de partidos, instituciones y organizaciones políticas, la intervención de sindicatos y universidades, el control de los medios de comunicación, la implementación de una política social excluyente y elitista, una política económica tendiente a favorecer los intereses financieros y una política cultural que tenía por objeto la constitución de un nuevo tipo de ciudadano.

De todos modos, y aquí cabe una aclaración de vital importancia, no se desconoce el hecho de que el corte en el año 1976 es arbitrario, ya que mucho de lo que “el golpe” trae consigo no es invención de los actores que lo llevaron a cabo, ni es exclusivo de éste. Que en dicho año la muerte entre en otro tipo de racionalidad, no implica olvidar que muchas características de los discursos y prácticas dictatoriales estaban ya presentes en una matriz social preexistente. Por otra parte, habría que aclarar brevemente que si bien la dictadura usualmente es caracterizada como “militar”, abundan los trabajos que evidencian la imbricación –entre otras, económica, logística, ideológica– entre los militares e intelectuales, profesionales, instituciones confesionales, financieras, sindicales, partidos políticos, medios de comunicación, etcétera. Generalizar o particularizar aquí sobre el rol que cada ámbito jugó sería vano. Lo que importa es que en todos ellos hubo responsabilidades, se dijeron y se callaron cosas. Pero los silencios no son equivalentes a vacíos de sentido, por el contrario, las omisiones brindan nuevos marcos de comprensión que resignifican lo efectivamente enunciado.

Un eje que no habría que descuidar cuando se intenta analizar el período de la última dictadura es el de la cotidianeidad del período, es decir, su cara visible, la que actuaba en la aparente legalidad, la que por sobre todas las cosas buscó la desaparición en el plano de lo simbólico, de lo cultural, la que por mucho tiempo gozó de cierta inmunidad en términos de responsabilidad y complicidad. Se entiende aquí que habría que preguntar por lo distintivo y excepcional del período, pero también por lo que de éste hemos legado, por las acciones y sentidos de la dictadura que se han vuelto regla, aun en democracia. Porque negar las relaciones de causalidad no implica no establecer relaciones.

Todo régimen dictatorial lo que exige son preguntas, pero no exclusivamente preguntas por lugares, por nombres, por momentos, sino también por condiciones de posibilidad, por lo decible, lo visible y lo representable. Porque cuando aquí se hable de la

dictadura, no se la pensará como un pasado terrible pero fosilizado. El presente trabajo, entonces, se situará entre los trabajos que intentan *reflexionar* sobre dicho período. Lo cual indirectamente también es hablar de muertos, de fantasmas, de olvido y memoria –separables sólo analíticamente ya que, como dirá Friedrich Nietzsche, y luego mucho otros, “es imposible poder vivir sin olvidar” (1), sabiendo desde el inicio que cuestiones semejantes no podrán ser abordables ni representables en su plenitud. Siempre quedará un resto, un hiato insalvable. Pero teniendo también en el horizonte que, como bien enuncia Héctor Schmucler, “la memoria está construida por cosas que se recuerdan, pero necesariamente también está construida por cosas que se olvidan [...] Toda memoria está construida por olvidos, pero saber qué olvidar –y aquí interviene la ética– es saber qué recordar” (2).

Las marcas de sangre, aunque por el paso del tiempo podrían pasar desapercibidas, son indelebles. Por ello hay problemáticas que no deberían dejar de ser abordadas, de rodearse incansablemente aun sabiendo que nunca se llegará a captarlas plenamente. En todo caso, sin desconocer que nada garantiza que acontecimientos de tal magnitud no vuelvan a suceder, se cree que ante tales situaciones trágicas donde tuvo lugar un *horror* provocado desde y hacia los hombres (a los fines de modificar su propia *condición humana*) no habría jamás que permanecer inmutables. Y en este punto cabe realizar la salvedad de que aquí se considera que el término “horror”, como cualquier otro que vaya a utilizarse, resulta insuficiente. Toda denominación de por sí atenta contra eso ocurrido. Porque las clasificaciones y nomenclaturas buscan anclar un sentido que está lejos de ser reconocible y, menos aun, de ser posible de *nombrar*.

El autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional” para llevar a cabo sus objetivos necesitó desdoblarse. Y en su condición bifronte planificó modos de actuar diferenciados, según qué cara nos estuviera mostrando. Una de ellas actuó en las sombras, en el ocultamiento, en el encierro. Su política tuvo por objeto cuerpos que encarnaban modos de ser, percibir, pensar y actuar que había que suprimir. La otra era feliz, tranquilizadora, ordenada. La política aquí tuvo por objeto la vida cotidiana y otros cuerpos, los que no había que suprimir y desaparecer sino disciplinar, trans-formar y silenciar. Hubo que compensar –y complementar– un rostro con otro.

El golpe no arranca de cuajo una cultura siempre democrática, igualitaria y justa. Que esto quede claro, el golpe de 1976 por supuesto que marca el inicio de una etapa más terrible, más sangrienta y más cínica, pero no porque estos rasgos no se hubieran hecho ya presentes en nuestra historia. Sería caer en un error pensar que con anterioridad al golpe existía una suerte de paraíso perdido al que nunca podrá regresarse por las consecuencias que dejó la dictadura, o mejor dicho, sería incurrir en una serie de olvidos acerca de cómo nuestra supuestamente siempre pulcra historia ha estado marcada por la injusticia, la discriminación y – como toda cultura– por la violencia desde sus mismos orígenes, cuestión que será abordada más adelante. El golpe lo que hace es exacerbarlo, volverlo sistemático y parte de un plan orgánico y generalizado en manos del Estado como nunca antes había sucedido.

La memoria colectiva no debería caer en la inocentización de la historia pasada. Perder de vista los rasgos coincidentes entre los distintos períodos históricos contribuye a tranquilizar las conciencias. Existen continuidades ideológicas y culturales entre los períodos previos al golpe y los años del “Proceso”. Y también entre esos años y la actualidad, más allá de que muchos de los brazos de ese aparato dictatorial hayan sido desmantelados y que, desde ya, se hayan producido muchos cambios. Aun así, hoy en día perdura un modo de mirar, y de sentir. Podemos querer no verlos y pensar la dictadura como un bloque acorralado y cerrado sobre sí de nuestra ‘hermosa’ historia. Pero si miramos con atención podremos vislumbrar, a la vuelta de la esquina, los efectos centrífugos y penetrantes de una matriz cultural que, independientemente de las condiciones democráticas o dictatoriales en las cuales se encuadre, persiste en su voluntad de dominio de los seres humanos.

Hablar, pensar y escribir sobre la dictadura, y más cuando se cumplen treinta años del golpe, nos coloca en un lugar complejo al que le caben muchas preguntas, más todavía si uno no quiere quedar atrapado en la “industria” y la fetichización de la temática, y pretende abordar la cuestión de un modo denso, crítico y no dicotómico: ¿Qué objetivos perseguimos con ello? ¿Qué intereses nos mueven? ¿Qué marcas, qué historias, qué recuerdos, qué intuiciones? ¿Tiene sentido hoy en día pensar y escribir al respecto? ¿Para quiénes lo tiene? ¿Quiénes tienen derecho a hablar? ¿Con qué autoridad lo hacen? ¿En nombre de quién o de qué? ¿Cómo hablar de legitimidad y validez de argumentaciones?

¿Cómo garantizar que los razonamientos que se desplieguen no deriven en posiciones que abordan la cuestión de la memoria para “museificarla” o fosilizarla? ¿Cómo reflexionar sobre un acontecimiento que involucra crímenes de lesa humanidad sabiendo desde el origen de la interrogación que nunca dicha situación podrá abordarse plenamente? ¿Hasta dónde puede llegar el análisis siendo conscientes de la imposibilidad de nombrar lo *innombrable* y de representar algo imposible de ser representado? ¿Pero aquello que perdura, lo irreductible e imperdonable, puede acaso ser punible? ¿O, en sí mismo, el castigo ya ingresa en la lógica del perpetrador? ¿Cómo –y acá entra en juego la cuestión etaria–, es posible analizar aquello que no se ha vivido y, más aun, cómo transmitirlo a las futuras generaciones?

¿Cómo lograr que se deje de lado la asociación de la perpetración del horror con seres irracionales y monstruosos, “de otro

mundo”? ¿Cuál es el crédito y la función que se le otorga al testimonio y al relato? ¿Cómo dejar en claro que la observación de las rupturas y continuidades respecto del *Estado de excepción* instalado no implica desconocer sus regularidades? ¿Cómo desarrollar argumentaciones que no incurran ni en la “victimología” ni en la culpabilización generalizada? ¿Cómo, encarar una reflexión cuando aún el modo de nombrar lo ocurrido se nos presenta opaco, no sólo por la polifonía a que pueda dar lugar sino justamente por el carácter político-ideológico, conflictivo de toda denominación? ¿Y en el caso de encontrar una denominación no estaríamos siendo injustos con el acontecimiento, es decir, su identificación acaso no constituye, en sí mismo, un hecho de violencia para con los muertos?

Por ende, la exigencia que de hecho creo más importante es la interrogación por las condiciones de posibilidad del horror teniendo siempre en el horizonte la diferencia radical entre intentar *comprender* y justificar. Queda en evidencia que intentar decir algo sobre el horror constituye en sí mismo una paradoja. Aun así, reflexionar sobre sus condiciones de posibilidad es una tarea pendiente. Recurriremos para ello a la teoría, a sabiendas de su imperfección e incompletud para dicho abordaje. Ni se la piensa como verdad, como instrumento neutral e inocente, –porque toda relación con el objeto de estudio implica un posicionamiento subjetivo– ni se desconoce su potencial iluminador. Respecto del modo de vincularse con el pasado, retomando a Yosef Yerushalmi (3), la opción escogida será aquí no ya una apuesta por la memoria (*mnemne*: aquello que permanece esencialmente ininterrumpido, continuo) sino por la *anamnesis* (la reminiscencia de lo que se ha olvidado). Siempre hay alguien detrás de una pregunta y ese alguien siempre está en algún lugar. Su mirada ya interviene, construyendo.

*“Ni siquiera los muertos estarán a salvo del enemigo, si éste vence. Y éste no ha dejado de vencer”*  
(4)

Walter Benjamin representa un autor de difícil encasillamiento. Sus influencias teórico conceptuales han sido de lo más diversas - algunas casi antagónicas entre sí y hasta tildadas de políticamente incorrectas-. Es posible de ser pensado como un trasgresor de fronteras y límites, sitúa su atención en los márgenes, los desechos y detalles, le importa lo obturado, lo olvidado y relegado por el discurso dominante, la insignificancia que justamente por pasar desapercibida para otros se vuelve para él lo más significativa. Un pensador que vuelve su mirada al pasado no para reconstruirlo ‘museológicamente’ sino para *construirlo*, actualizarlo y exigirle. Para él, la relación con éste es compleja y equívoca, carente de objetividad y en su propia construcción del pasado se sitúa recuperando la tradición de los vencidos y oprimidos de la historia a los cuales ‘la felicidad no les dedica ninguna página’.

En consecuencia, piensa a la Modernidad no como un ente monolítico y coherente sino –como ya lo habían señalado los representantes del Romanticismo respecto de la Ilustración– como una etapa caracterizada por las tensiones, las grietas y por fuerzas inherentemente autodestructivas. Ésta será desnudada en su propio carácter dialéctico, donde justamente las promesas de bienestar y felicidad se han metamorfoseado en estructuras de dominación tanto de la naturaleza como de los mismos seres humanos que izaron su bandera.

Lo que resulta ineludible es el carácter visionario del autor a la hora de realizar un análisis de la sociedad moderna y de prever el modo en que con el supuesto llamado a la civilización, al progreso, a la modernización, cada vez nos acercábamos más a formas totalitarias de existencia. Entre otros, Benjamin sienta las bases para toda una serie de pensadores que comienzan a reflexionar en torno a una matriz social técnica que estará lejos de traernos felicidad y belleza, abriendo en cambio la puerta para dejar gestar nuevas formas de barbarie. La Racionalidad será denunciada entonces como fundamento de deshumanización y La Modernidad pensada en su carácter bifronte.

*“La tradición de los oprimidos nos enseña entretanto que el ‘estado de emergencia’ en que vivimos es la regla”* (5)

Dicha tesis, será luego retomada por Giorgio Agamben, quien dirá que “en vez de deducir la definición de campo por los sucesos acaecidos, nos preguntaremos más bien: ¿qué es un campo, cuál es su estructura jurídico-política, por qué han podido tener lugar semejantes sucesos? Todo esto nos llevará a mirar el campo, no como hecho histórico, ni como una anomalía perteneciente al pasado (aunque sí eventualmente, está todavía por verificarse), sino, de alguna manera, a la matriz escondida, al nomos del espacio político en el que vivimos” (6).

El campo (7) lo que exige son preguntas, pero no preguntas por lugares, por nombres, por momentos, exige preguntarnos por condiciones de posibilidad, por lo decible, lo visible y lo representable. A través de qué mecanismos de diversa índole fue y sigue siendo posible. Es en el uso del presente continuo donde radica el núcleo de estas reflexiones. Cuando se habla de campo no se habla de un pasado fosilizado, terrible, pero fosilizado. El campo, en tanto matriz, en todo caso es aquello excepcional que se ha naturalizado.

Benjamin, en este punto, advierte con suma lucidez que “no existe documento de cultura que no sea a la vez documento de barbarie” (8). En afirmaciones como esta se percibe su búsqueda de ‘pasar el cepillo a contrapelo de la historia’, porque presenta aquello que anteriormente se pensaba como antagónico como perfectamente posible de encastrarse. La dicotomía que otrora representara el par cultura y barbarie se conjuga eliminando el oxímoron, dando lugar a una percepción de la realidad donde aquella promesa de progreso, de cultura y de civilización que salvaguardaría de todo mal a la humanidad es la matriz que perfectamente puede dar lugar a la gestación de ese mismo mal que pretende evitar. La Modernidad, puede ser también reaccionaria, es decir, puede traer consigo valores tradicionales, retrógrados y conservadores, en otros términos, puede tener lugar una hibridación supuestamente paradójica que combina la apelación a la racionalización, la ciencia, la técnica y la eficiencia con principios totalitarios.

Progreso y técnica, se nos presentan en el pensamiento de Benjamin como aquellos principios que se articulan y retroalimentan. Y la propia racionalidad puede ser portadora de irracionalidad, la obsesión por alcanzar la cima de la civilización, puede dar lugar a una deshumanización jamás imaginada. Nos enfrenta con un panorama irritante y perturbador, porque es capaz de conectar aquello que parecía antitético e irreconciliable, sin embargo, justamente en esos pares que se creían opuestos, uno puede ser precisamente la condición de posibilidad del otro. La cultura puede portar el germen de la barbarie y el totalitarismo, la contradicción desaparece para dejar al descubierto precisamente que en el seno de la matriz instrumental-racionalista se han venido gestando paulatinamente las más terribles formas de injusticia. La posibilidad de que lo monstruoso y lo inhumano tengan lugar (como lo fue al fascismo a los ojos de Benjamin y como lo sería el fenómeno del nazismo que no llegó a atestiguar en toda su envergadura) no advendrá ante una falta o carencia de racionalización –tal como lo sostiene Jeffrey Herf– sino que por el contrario será su exacerbación lo que sentará sus bases. Las fuerzas destructoras se anidan desde el origen en las promesas de felicidad e igualdad y en aras del progreso no se ha hecho más que acumular los cadáveres de los vencidos, indefinidamente expuestos al sufrimiento. Es precisamente en el paroxismo de la matriz racional-iluminista que adviene ‘el huevo de la serpiente’. En esta misma clave, George Steiner analiza las relaciones internas entre las estructuras de lo inhumano y la matriz contemporánea de una elevada civilización y denuncia el modo en que “empresas artísticas e intelectuales, el desarrollo de las ciencias naturales y muchas ramas de la erudición florecieron en extrema proximidad espacial y temporal con las matanzas y los campos de la muerte” (9) instalando la pregunta acerca de “¿por qué las tradiciones humanistas y los modelos de conducta resultaron una barrera tan frágil contra la bestialidad política?” (10).

Sin lugar a dudas, un aporte esencial está dado por las reflexiones elaboradas por Theodor Adorno y Max Horkheimer donde analizan la imbricación entre el *Iluminismo* y dominio, así como los testimonios de Primo Levi, en los cuales se expresa que nada tuvo de irracional el genocidio nazi. Nada tuvo de anormal, de monstruoso, de animal. Por el contrario, fue premeditado, planificado, decidido y ejecutado por seres humanos racionales, pensantes, hombres de carne y hueso, pertenecientes a este mundo. El mal, parafraseando a Hannah Arendt, puede sencillamente ser banal. Y por describirlo de este modo, no lo estamos aquí deslindando de la responsabilidad que le cabe. En todo caso, se pretende dar cuenta que la postura que demoniza a los perpetradores de cualquier horror, incurre en una simplificación que, contraria a su intención de denuncia, puede devenir tranquilizadora e inocente. Si creemos que el mal podrá ser evitado porque sencillamente los demonios tienen cara de tales, y sólo basta con reconocer su rostro y lo que anidan para protegerse de sus conjuros, no haremos más que posponer la pregunta por el mal que se encuentra portando las más diversas vestiduras, enarbolando la mejor de las intenciones.

Y aquí, necesariamente nos adentramos en la pregunta por la responsabilidad, por la implicación con el fenómeno del horror. Porque si bien es difícil encontrar quienes sigan sosteniendo sin más la “*teoría de los dos demonios*”, es usual que algunos de sus presupuestos se cuelen en muchas de las explicaciones sobre lo acontecido. Como si los componentes no militarizados de la sociedad hubieren transitado su vida cotidiana durante la dictadura como quien ve pasar un tren. Tal vez sea hora de asumir la productividad tanto de la acción como de la omisión, ambas cómplices de que, como dijo Néstor Perlongher (11), “bajo las matas, en los pajonales, sobre los puentes, en los canales”, haya *cadáveres*. ¿Qué implica apelar a los “accidentes”, a los “excesos”, a los “efectos no deseados” de unas acciones y prácticas concretas? ¿Acaso en estas apelaciones no se pretende deslindarse del lugar que cada uno ocupó? ¿Dónde y cómo trazar el límite entre el *saber* y *no saber*?

Haríamos bien en desandar los presupuestos que se nos despliegan cual máximas innegables y propender a generar un modo de mirar y percibir que, atendiendo a las conexiones que pueden parecer de lo más inverosímiles, permitan comprender una sintomatología epocal que habilite una crítica radical de su trágica coyuntura. Todo aquello que se nos promete como bello, sabio, bondadoso, puede ser precisamente lo que siente las bases de nuestra destrucción.

Me gustaría recuperar una frase de Steiner donde precisamente advierte que “la adormecida prodigalidad de nuestra familiaridad con el horror es una radical derrota humana” (12). Creo entender que aquí se encuentra una de las claves de nuestra positividad de *hacer* respecto del Mal. El llamado al escándalo, al radical asombro, no es un dato menor y se presenta como una de las vías

ineludibles como modo de mantener viva la crítica, debilitando la naturalización y aceptación de lo inadmisibles en el terreno de lo humano. ¿O acaso se sostiene que el *homo sacer* es cosa del pasado? ¿Nos son acaso posibles de percibir aquellos síntomas sociales que nos indican que la *aceptación radical* del *otro* no está siendo posible?

Cabría entonces realizar la pregunta por qué tipo de cultura y de patrón civilizatorio se enarbola en la actualidad, qué se celebra efectivamente en “la fiesta del progreso”, qué cúspide busca alcanzarse, qué características y conductas subjetivas se propugnan. Si el horror puede, como se ha venido argumentando, anidar en la cultura, haríamos bien en pegarle un vistazo a lo que se teje en su trama. En todo caso, parecería que más que buscar monstruos, seres interplanetarios, salvajes bestias perpetradores de la peor crueldad, habría que hurgar en aquellos detalles –*de la propia cultura*, ni más acá, ni más allá– que centellean en señal de alarma. Porque todo árbol fue primero raíz y si bien se ha de suponer que la misma se haya escondida bajo la tierra, mirando con detenimiento, es posible hallarla en plena superficie.

## Notas

- (1) Nietzsche, F. Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida, Madrid, Edaf, 2000, p. 32.
- (2) Schmucler, Héctor. Memoria de la comunicación, ob.cit., p. 198.
- (3) Yerushalmi, Yosef “Reflexiones sobre el olvido” en Yerushalmi, Yosef, et al. Usos del Olvido, Buenos Aires, Nueva Visión, 1998, p. 16.
- (4) Benjamin, Walter. “Tesis de filosofía de la historia” en Para una crítica de la violencia y otros ensayos, Madrid, Taurus, 1991, p. 109.
- (5) *Ibidem*, p. 112.
- (6) Agamben, Giorgio. “¿Qué es un campo?” en Medios sin fin. Notas sobre la política, Valencia, Pre-Textos, 2001, p. 37.
- (7) Valga la siguiente aclaración: que recuperemos la experiencia concentracionaria nazi, indagando sobre las condiciones del campo, no implica desconocer las diferencias existentes entre la experiencia alemana y la argentina. Lo que el campo representa y constituye nos permite situarlo como telón de fondo para pensar acerca de lo ocurrido en nuestro país, durante la última dictadura militar sin por ello establecer paralelismos ni congruencias plenas.
- (8) Benjamin, Walter. Op. cit, p. 111.
- (9) Steiner, George. En el castillo de Barba Azul. Aproximaciones a un nuevo concepto de cultura, Barcelona, Gedisa, 1991, p. 48.
- (10) *Ibidem*, p. 50.
- (11) Perlongher, Néstor. Cadáveres, Ed. Arturo Carrera, Mate, Bs. As., 1997.
- (12) Steiner, George. En el castillo de Barba Azul. Aproximaciones a un nuevo concepto de cultura, Barcelona, Gedisa, 1991, p. 70.

## Bibliografía

- ABRAHAM, Tomás. *Historias de la Argentina deseada*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.
- ADORNO, Theodor y HORKHEIMER, Max. *Dialéctica del iluminismo*, Madrid, Editora Nacional, 2002.
- AGAMBEN, Giorgio. *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Valencia, Pre-textos, 1998.
- AGAMBEN, Giorgio. *Infancia e historia*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2001.
- AGAMBEN, Giorgio. *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*, Valencia, Pre-textos, 2000.
- AGAMBEN, Giorgio. *Medios sin fin. Notas sobre la política*, Valencia, Pre-textos, 2001.
- ARENDT, Hannah. *Eichmann en Jerusalén: un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona, Lumen, 1999.
- BACZKO, Bronislaw. 1991. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1991.
- BENJAMIN, *Discursos Interrumpidos I*, Madrid, Taurus, 1973.
- BENJAMIN, Walter. *Imaginación y sociedad. Iluminaciones I*, Madrid, Taurus, 1980.
- BENJAMIN, Walter. *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*, Madrid, Taurus, 1991.
- CALVEIRO, Pilar. *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 1998.
- DÉOTTE, Jean-Louis. *Las ruinas, Europa, el Museo*. Cuarto Propio, Santiago de Chile, 1998.
- DUHALDE, Eduardo Luis. *El Estado terrorista argentino. Quince años después, una mirada crítica*, EUDEBA, Buenos Aires, 1999.
- FINKELSTEIN, Norman, G. *La industria del Holocausto. Reflexiones sobre la explotación del sufrimiento judío*. Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 2002.
- HERF, Jeffrey. *El modernismo reaccionario*, FCE, Buenos Aires, 1993.
- JELIN, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI, Madrid y Buenos Aires, 2002.
- KAUFMAN, Alejandro. “Notas sobre olvido y perdón”. *Pensamiento de los confines* N° 1 (5). Buenos Aires, segundo semestre de 1998.
- LEVI, Primo. *La tregua. Muchnik*. Barcelona, 1997.
- LEVI, Primo. *Los hundidos y los salvados*. Muchnik, Barcelona, 1986.
- LEVI, Primo. *Si esto es un hombre*. Muchnik, Barcelona.

- LÖWY, Michael. *Walter Benjamin. Aviso de incendio*, Buenos Aires, FCE, 2005.
- LYOTARD, Jean-François. *La diferencia*. Gedisa, Barcelona, 1988.
- METZ, Johannes Baptist. *Por una cultura de la memoria*. Anthropos, Barcelona, 1999.
- NIETZSCHE, F. *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*, Madrid, Edaf, 2000.
- NOVARO, Marcos y PALERMO, Vicente. *La dictadura militar. 1976-1983*, Paidós, Buenos Aires, 2003.
- OSZLAK, Oscar. *"Proceso", crisis y transición democrática*, CEAL, Buenos Aires, 1984.
- PERLONGHER, Néstor. *Cadáveres*, Ed. Arturo Carrera, Mate, Bs. As., 1997.
- RICOEUR, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. FCE, Buenos Aires, 2000.
- SCHMUCLER, Héctor. *Memoria de la comunicación*. Buenos Aires, Biblos, 1997.
- STEINER, George. *En el castillo de Barba Azul. Aproximaciones a un nuevo concepto de cultura*. Barcelona, Gedisa, 1991.
- TODOROV, Tzvetan. *Los abusos de la memoria*. Barcelona, Paidós, 2000.
- VEZZETTI, Hugo. *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.